



El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 8975

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—**Provincias**.—Tres meses, 7'50 id.—**Extranjero**.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

—CONDICIONES—

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN CALLE MAYOR 124.—

MIÉRCOLES 30 DE SEPTIEMBRE DE 1891.

BOH, PROTECCIONISMO

Hemos leído en alguna parte una noticia peregrina. El Gobierno de seos de compensar al comercio ma drileño de los quebrantos que pa dece, ha acordado proponer a S. M. la Reina la celebración de una fiesta en su Palacio, tan pron to como se restituya la Corte a Madrid.

Esto, como se ve, revela bien claramente el deseo excelente de protección que respecto del comer cio de Madrid anima al actual mi nisterio. ¡Ahí es nada! ¡Una gran fiesta en Palacio! Es decir: tres ó cuatrocientas personas que compra rán y se harán ropa nueva para asistir a la fiesta.

El comercio de Madrid va á re cibir ahora el premio de su cordura y buen comportamiento, cuando al Gobierno le corría prisa hacer su negocio con el Banco de España. Aquella sensatez, aquel rápido de camiento de todas las fierrez de nuestros comerciantes, van á re cibir la remuneración que en leyes de justicia le debían el Sr. Cánovas y sus conmititones.

Y ahí es nada el premio! En armonía con la grandeza de la región remunerada y su nobleza indiscutible; en armonía con la es plendidez y benevolencia de quien lo otorga.

¿Qué otro premio que esos cinco ó seis mil pesos que saldrán de la fiesta palatina, merecen aquellos honrados comerciantes que después de haber amenazado juntar á Ro ma con Santiago y de haber impre so innumerables cartelitos con la airada jaculatoria «no se admiten billetes», se sometieron como un solo cordero a los billetes del Ban co y a los apuros de los minis tros?

¿Ni qué otro premio ha de dar este Gobierno proteccionista que ha hecho el tratado con los norteamericanos, que se atenta a intentar lo con los franceses y que se siente con fuerzas para hacer los presu puestos?

Ciertamente, cuando se le admi nistración del país está en un estado que cuando no hay billetes que en los Bancos y en las compañías de ferrocarriles, que cuando no hay transportes baratos y libres de los go s, que cuando hay aranceles que amparen y faciliten la producción para poder competir al mercado cinco ó seis mil pesos, que cuando se está en un estado de un país en Palacio...

Pero ¿qué importa? Ciertamente, cuando se le admi nistración del país está en un estado que cuando no hay billetes que en los Bancos y en las compañías de ferrocarriles, que cuando no hay transportes baratos y libres de los go s, que cuando hay aranceles que amparen y faciliten la producción para poder competir al mercado cinco ó seis mil pesos, que cuando se está en un estado de un país en Palacio...

¿Pero qué importa? Ciertamente, cuando se le admi nistración del país está en un estado que cuando no hay billetes que en los Bancos y en las compañías de ferrocarriles, que cuando no hay transportes baratos y libres de los go s, que cuando hay aranceles que amparen y faciliten la producción para poder competir al mercado cinco ó seis mil pesos, que cuando se está en un estado de un país en Palacio...

¿Pero qué importa? Ciertamente, cuando se le admi nistración del país está en un estado que cuando no hay billetes que en los Bancos y en las compañías de ferrocarriles, que cuando no hay transportes baratos y libres de los go s, que cuando hay aranceles que amparen y faciliten la producción para poder competir al mercado cinco ó seis mil pesos, que cuando se está en un estado de un país en Palacio...

¿Pero qué importa? Ciertamente, cuando se le admi nistración del país está en un estado que cuando no hay billetes que en los Bancos y en las compañías de ferrocarriles, que cuando no hay transportes baratos y libres de los go s, que cuando hay aranceles que amparen y faciliten la producción para poder competir al mercado cinco ó seis mil pesos, que cuando se está en un estado de un país en Palacio...

Tiene de veinte á veinticuatro años, y de veinte á veinticuatro pe los en la barba.

El bigote parece pintado con car boncillo.

Los pelos de la chistera no llegan á «veinticuatro»; se quedan, de se guro, en «seises».

Traje gris, muy usado, cara páli da, ojos dulzones... hambre y com pañía.

Puesto en una báscula, no pesa arriba de cuarenta y cinco kilogra mos: puesto á discusión, pesa menos que un chiste.

Y sin embargo, el pobre Pulgarín lleva dentro del alma á Cervantes, Shakespeare, Galdós, Becquer, Cam poamor y otras majestades litera rias, y reniega de su mala suerte, que le obliga á buscar al Sr. Alca huero.

Llega jadeante al piso segundo y llama á una puerta, sobre la cual se lee en letras gordas: «Alcahuero. —Editor.»

Introducido Pulgarín en un despa cho, queda, no solo, sino mal acom pañado.

Hay en el despacho un reloj de pared, cuyo «tic-tac» parece medir el silencio que reina en la estan cia.

Es un ruido que alarga insensible mente la cara del que espera. Pare ce que el «tic-tac», á fuerza de per tinacia, ha vencido y apagado los demás ruidos de la casa; y para que tan endeble voccita se haga escu char de gente tan alborotadora co mo el perro, los ecos de la calle, el ruido de las puertas etc., preciso es que diga algo muy importante.

En efecto, sobre la espesa alfom bra que pisa el tiempo, los relojeros han arrojado puñados de cascabeles de vidrio.

Cada golpe del péndulo es una ampolla rota, una pisada del tiem po, un momento ido. Cada «tic-tac» dice al que escucha: «Así se pasa la vida, ¡tan callando!»

Por eso se le pone la cara larga al que espera en la detestable com pañía de un reloj de pared.

Mientras Pulgarín piensa estas co sas, se abre la puerta y entra en el despacho el Sr. Alcahuero con toda la solemnidad que puede.

Su facha sería grotesca, si no se supiera que aquel caballero guarda en un cajón de su mesa los quince duros que para Pulgarín represen tan en aquel momento la vida y la conquista del porvenir.

Ante este pensamiento fracasan los chistes.

—¡Séntese usted—dice el editor, mientras ocupa el sillón, é indican do á Pulgarín una silla colocada al otro lado de la mesa de despacho:—¿Trae usted eso?

—Sí, señor—contesta Pulgarín, poniendo ante los ojos de su inter locutor un voluminoso paquete de cuartillas.

Y añade:

—No sé si habré acertado con lo que usted deseaba...

—Pero usted habrá leído algo mío en...

—En ninguna parte—interrumpe Alcahuero—porque yo no tengo tiempo de leer nada. Pero á mí me gusta lo que me dice de usted don Pedro, que es hombre que los cosas le pasan al pelo.

—¡Ah, ya lo creo!—exclama Pul garín deseoso de pagar en elogios las buenas agencias que había me recido á D. Pedro.

—Pues sí—continúa Alcahuero; —como ahora han salido tantas bi bliotecas de esta clase, la «Bibliote ca verde», la «Guindilla», las «Cuartillas de menta», y como don Pedro sabía que yo quiero dejarlas detrás á todas, aunque haya que hablar las cochinas más gordas, me dijo: «Para eso, nadie como Pul garín.»

Pulgarín se pone colorado. No sabe si dar las gracias ó tomar aquello como tomó Sancho el elo gio de su hija hecho por Tomé Ce rial. Por fin se inclina á tomar los 15 duros.

—Si usted quiere que lo lea...

—No; ahora no tengo tiempo: ya lo leeré yo. Pero usted no se habrá andado con escrúpulos ni tonterías, ¿eh?

—Mire usted—dice el joven, de seoso de probar que no es tonto:— aquí hay dos adulterios, un incesto, tres aberraciones y una escena en tinieblas.

—Sí; pero detalles, detalles: eso es lo principal. El público pide carne.

—Eso me ha inspirado el título de la novela; como el amante es un Concejal, he puesto por título «El cajón municipal.»

—El cajón municipal...—dice Alcahuero, haciendo un gesto.—Eso es como si dijera usted «Los vómitos de Pilatos»; no: el título ha de llamar la atención, ha de ser in citante; ese no dice «nada.»

—Como usted quiera; si usted desea que piense otro...

—Yo lo tengo pensado; precisa mente tengo ahí un grabado de «La vie parisienne», que viene de molde para la portada. Aquí está... no; estará allá dentro. En fin, el título será «La camisa de seda ne gra.»

Y Alcahuero sonríe con igual sa tisfacción que si hubiera inventado la pólvora, mientras que Pulgarín pasa lista á los personajes de la no vela, buscando á quien endosar aquella prenda.

—No habrá usted olvidado—con tinúa aquél—lo que hablamos de la educación de Margarita.

—No recuerdo—dice Pulgarín;— Margarita se educa junto á su cu ñado, que es un fabricante de mu ñecos...

—No, hombre, no. Todo eso huele á miseria. Hay que presentar el lado galante y dorado del asunto. Mucho encaje, y mucha seda, y, so bre todo, mucho champagne.» Esa chica tiene que educarse en las Crispulinas; si no, no tenemos á na die.

—Pero...

—Mire usted: yo quiero una jo ven hermosa, desarrollada, ideal muy sensible, muy poética, muy...

Pulgarín conoce que se le acaba la paciencia al oír tanto disparate.

—Vea usted á ver, hombre, para que se forme usted el tipo, tómese á ver el grabado de la portada. ¡El «vira!»

Al cabo de un instante se presen ta en el despacho una joven, casi una niña, hermosa, desarrollada, ideal; pero que sabe Dios, se dice

Pulgarín para sus adentros, si será también muy sensible, y muy poe tisa, y... demás.

Pulgarín se la come con los ojos. El encuentro de aquella inocen cia «oficial» en casa donde se co mercia con tanta impureza escrita, le asombra tanto como al inglés de Mery el encuentro de un par de botas en el desierto.

—Tráeme unos grabados que he dejado sobre la mesa del comedor.

La niña lanza al visitante una mi rada que quiere ser ingenua, y re sulta sólo descarada, y se va por donde ha venido, dejando un poco trastornado á Pulgarín. Este no co ncebe siquiera cómo las barbarida des, las atrocidades, las inmundi cias literarias que llevan el dinero á aquella casa, pueden convertirse en salud y hermosura de aquel cuer po, en brillo de aquellos ojos, en flo res y en ilusiones de aquella divi nidad.

Y la divinidad vuelve á presen se diciendo á Alcahuero.

—¿Son éstos, tío?

Pulgarín, mirando alternativa mente á Alcahuero y á su sobrina, se dice para su capote:

—¡Tío! ¡está bien!

La sobrina se marcha, y el tío en seña á Pulgarín un grabado, última palabra sin duda del «lado galante y dorado del asunto»; pero que al joven le inspira la idea de decir al

—Amigo mío; al lado de su sobri na de usted, estos son «los vómitos de Pilatos.»

Pero se contiene, transige, se compromete á reformar la novela, sale de aquella casa con cinco duros á cuenta, y en el café mas próximo, delante de un «beefsteak» con mu chas patatas, da rienda suelta á su preocupación, exclamando:

—¡Dios mío! ¿Se habrá educado en las «crispulinas?»

F. SEREANO DE LA PEDROSA.

DE TODO Y DE TODAS PARTES

Nada sienta mejor á las mujeres, ni las dá más gracia que un calza do de tacón alto.

Una mujer de cincuenta años, bien calzada, se quita dos lustros de edad.

Una mujer joven, calzada con descuido, envejece. El tacón de co lor dá carácter aventurero á la que lo usa.

El tacón torcido significa pobre za.

El tacón excesivamente alto es cursi, revela el ansia de tener más estatura.

La mujer que no marcha con fa cilidad sobre un tacón alto demues tra que sale poco de casa ó que va casi siempre en coche; debe ser ha cendosa, ó rica, pero la que anda que no puede andar, es tonta, busca un brazo á cada paso.

La que taconeas mucho para ve an demasiado.

La que arrastra los pies, es vieja ó es tonta.

La que se calza con zapatos de hombre, mata la gracia del pie femenino.

La zapatilla es desportable. La sandalia, sobre el pie vestido, es artística y poética.

La babucha bien hecha y bien llevada es el calzado casero que conviene á una mujer elegante.

El zapato bajo es un malicioso inocente. Pero con galas se convier te en un calzado subversivo.

El zapato blanco no va á ningu na parte.

El zapato negro y alto es la mo destia por los suelos.

El zapato de color rojo, verde, azul, es un banderín de enganche.

Los zapatos de paño se van sólo á la botica.

La bota de regular altura es el calzado más á propósito para la mu jer: negra, gusta; bronceada, pro voca; de color claro, repèle.

La bota con caña de color llama tivo es indicio de muy poca edu cación.

La bota imperial es el himno de Riego del calzado.

La bota demasiado alta revela malas pantorrillas ó mal carácter.

La bota de montar es digna de la mujer.

El calzado suelto, ancho, descen so, preocupación ó indiferencia.

El calzado rojo es la vida andando.

Desde hace algunos años, una secta protestante del Canadá, con cida con el nombre de «Metodista libres», venia celebrando frecuen tes reuniones en Kingston, en la provincia de Ontario; pero como en da día aquellas reuniones eran má numerosas, pues las mujeres demus traban gran celo por entrar en la secta, hubo necesidad de que los fieles se trasladasen al extremo de la ciudad, donde el predicador or dinario, un señor Frasier, pronun ciaba sus correspondientes discursos.

En uno de ellos dió una carga de frente al traje moderno de las mu jeres.

«¡Cómo—decía á las numerosas adeptas que le escuchaban,—ha biendo nacido con formas esplén didas, moris contrahechas, por obta nars en gastar corsé! Desembara zos de esta maldita invención y volved á Dios tal como os ha he cho. Quemad el corsé antes que quemaros vosotras en el fuego eter no.»

Estas palabras de Frasier produ jeron en la asamblea una agitación extraordinaria, y, apenas concluyó de hablar, dos ó tres entusiastas comenzaron á recoger astillas, pe dazos de madera y tijas é hicieron con ello una hoguera.

Entonces, una joven como de 20 años se acercó al fuego, y diciéndo con solemnidad: «Quiero morir co mo Dios me ha hecho, y no como me hecho yo misma», comenzó á desnudarse, y quitándose el corsé, lo arrojó á la hoguera, cuyas llamas rojas hacían resaltar la blancura de las espaldas de la sectaria.

A partir de aquel momento, se produjo, más que entusiasmo, un verdadero delirio en aquella asam blea. Las mujeres todas, unas des nudándose, otras, se quitan el corsé y se arrojan al fuego; y en un espacio de media hora, «las formas explén didas», tan elogiadas por el predi cador Frasier, restaron toda su libertad, y no quedaba un solo corsé en la reunión.

Durante esta curiosa «revelación» algunas mujeres se desmayaron de la alegría producida sin duda por la satisfacción de haber cum plido su deber.